

# Bienvenidos los temas reales

La presencia del castellano en la política y el antiespañolismo bronco entran en los debates

Antonio Franco

Periodista

Aunque la etapa preelectoral ha sido manifiestamente fría, con la opinión pública catalana dando muestras de estar muy cansada y muy decepcionada de sus políticos, hay indicios de que de aquí al 1 de noviembre la campaña puede ser más viva que las anteriores. O, por lo menos, diferente. Por primera vez, a las cuestiones ya habituales que se barajan ante este tipo de comicios (las conjeturas sobre los posibles pactos y el mercadillo de ofertas de mejoras sociales), se le suman otros temas. Cosas que, por la presión de ceñirse a lo políticamente correcto o a lo que siempre se ha llamado "lo conveniente para Catalunya", o por "no dar armas a los enemigos", fueron poco aireadas con normalidad en las campañas de los años pujolistas. La principal, la aceptación política del castellano en la política de Catalunya, que ha salido a flote a raíz de la propuesta de unos cara a cara televisivos que pidió Convergència. Otra, los usos y costumbres del antiespañolismo bronco --exhibido ahora en Martorell contra el PP-- de algunos sectores radicales, y cómo reacciona ante eso el conjunto de la gente.

EN LA OFICINA electoral de **Artur Mas** debe de haber preocupación por el cariz que está tomando el pulso lingüístico sobre los cara a cara. Aunque **José Montilla** tenga una dicción catalana mejorable (algo común, por otra parte, en nuestro país), es poco atacable por los nacionalistas en la cuestión de la lengua. Defiende públicamente, en Madrid y en Barcelona, el modelo de inmersión escolar, el reconocimiento del catalán como lengua propia de los catalanes y la lógica de que el primer debate electoral debe hacerse naturalmente en este idioma. Pero, al mismo tiempo, por ideología, es decir, no solo por conveniencia electoral, expresa su respeto hacia los castellanohablantes que en Catalunya o en el resto de España quieran conocer de primera mano las propuestas e ideas que

hay en juego en unas elecciones que les afectan. El intento nacionalista de establecer cierta equiparación entre esto y lo que dice y representa **Vidal-Quadras** creo que ha sido percibido como una inmensa torpeza por casi toda la gente con sentido común.

Alguien ha medido mal las cosas al atribuir a esta postura de **Montilla** la cantinela de que ir por ahí va a provocar una fractura en Catalunya, porque eso hace pensar tanto en la legitimidad de la postura de este dirigente socialista como en nuestra realidad, mas heterogénea que nunca. Ya existen, y de momento sin fractura, lingüísticamente hablando, varias Catalunyas.

Como ha señalado algún analista inteligente, **Mas** parece partir de la idea de que la sociedad catalana está absolutamente catalanizada desde el punto de vista lingüístico, y eso no es cierto. O de que no es necesario que la Catalunya no lingüísticamente catalanizada reciba buena información directa de las ofertas electorales. Si digo que se han medido mal las cosas es porque, a partir de este mensaje, a sus autores se les puede despertar la fiera, hablando en lenguaje coloquial, que hasta ahora mostraba indiferencia ante las elecciones autonómicas. ¡Igual tenía razón, desde un punto de vista partidista, **Pujol** cuando no quería debates! ¡Igual no los rechazaba por el fondo, sino para no debatir la forma!

En cualquier caso, con el dato ofrecido por este periódico hace pocos días de que dos de cada cinco electores del PSC no suelen ver TV en catalán, o el de que la mayoría de los telespectadores de Catalunya se informa habitualmente en lengua castellana, la próxima vez que desde el nacionalismo afloran lamentaciones por el problema político de distanciamiento de las instituciones propias que refleja la baja participación en las elecciones autonómicas, será imprescindible sonreír.

El otro tema que se abre camino en estas elecciones, después de la coacción agresiva de algunos radicales contra el PP, es el asentamiento en Catalunya del antiespañolismo bronco y público. No tendríamos que escandalizarnos por este tipo de incidentes minoritarios, que pasan en otros sitios, si no fuese porque, en

su reiteración, van acompañados de muchas críticas verbales urgentes, pero de poca rotundidad democrática en actos. Aunque esta vez Montilla ha ordenado una expulsión fulminante.

Está la retranca, cada vez más dominante, del argumento de que el PP, con sus palabras y posturas, ha provocado esas violencias. Como si en política estuviese justificado responder a las palabras y posturas con agresiones físicas. Por otra parte, está el hecho de que las formaciones catalanas llevan muchos años sin impedir que sus ramas juveniles o sus grupos anexos tengan comportamientos públicos violentos y organizados.

ESTAMOS ANTE un cuadro que, además de ser encarado por la policía y por la justicia, debe ser combatido, y de verdad, por los líderes políticos. Que conste que, sobre estas cuestiones, aun siendo grave, es menos preocupante la mala imagen que luego pintan determinados medios, dando a entender que la vida es insoportable en Catalunya, que la realidad de que consentimos cosas lamentables en nuestro país y de que la contestación interior no es suficiente. Porque los catalanes, por civismo, pero también por sentido democrático nacional, no hemos de hacer lo mismo que criticamos a los mentirosos que nos atacan con generalizaciones falsas. Y ya saben ustedes a quiénes --líderes, siglas, radios, diarios, etcétera-- me refiero.

Artículo publicado en El Periódico de Catalunya el 12 de octubre de 2006